

RESEÑAS

Frances F. BERDAN y Patricia RIEFF ANAWALT (comps.): *The Codex Mendoza*. Berkeley, Los Angeles, Oxford: University of California Press, 1992, 4 vols. ISBN 0-520-06234-5

De todos los documentos pictóricos mexicanos que muestran las costumbres, la economía y la actividad militar de los mexicanos en la época prehispánica, destaca el *Códice Mendocino*. Este extraordinario manuscrito, producido en la ciudad de México en 1541, ha sido conocido por cuatro siglos, pero un buen facsímil y un estudio esmerado de la obra no han estado disponibles hasta ahora. Esta situación ha persistido porque una buena edición facsimilar del código con un estudio en inglés, preparada por James Cooper Clark en Inglaterra en 1938, fue destruida casi en su totalidad en el bombardeo de Londres en 1940 durante la segunda guerra mundial. Otras ediciones del código han aparecido, pero no ha sido fácil conseguir las o consultarlas en las bibliotecas. Entre ellas están: un facsímil en el volumen I de *Antiquities of Mexico* que publicó el Visconde Kingsborough en Inglaterra entre 1831 y 1848; una edición en español de la misma publicación, *Antigüedades de México*, publicada en 1964 por la Secretaría de Hacienda y Crédito Público de México, donde aparece el *Mendocino* en volumen I; una edición preparada por Jesús Galindo y Villa y publicada en 1925, y el *Códice Mendocino o Colección de Mendoza*, patrocinado por la Presidencia de la República en México, en 1979. Ahora tenemos una magnífica edición en cuatro volúmenes, editada por las antropólogas Frances F. Berdan y Patricia Rieff Anawalt, publicada como el *Codex Mendoza* por la Universidad de California en 1992. Una descripción de esta extraordinaria edición sigue aquí después de una breve historia del código.

A petición del rey Carlos V de España —quien quería información escrita y pictórica sobre diferentes aspectos de la Nueva Espa-

ña— el primer virrey aquí, Antonio de Mendoza, encargó a informantes mexicanos de cierta edad datos sobre la vida en el centro de México en la época prehispánica, cercana a la conquista. Los *tlacuiloque*, o dibujantes, pintaron las escenas y los informantes las interpretaron en su idioma, el náhuatl. Después, un religioso tradujo los comentarios al español y cada página explicativa se colocó frente a la de las ilustraciones que describía. La obra fue hecha en papel español y consta de setenta y un folios. Fue mandado a España por 1492, pero en alta mar unos piratas franceses capturaron el barco y la ciudad que recibió el códice cambió de Madrid a París. Aquí llamó la atención del geógrafo del rey Hanri II, André Thevet, quien lo estudió y hasta dejó su firma en algunas páginas. Después de la muerte de este estudioso francés el manuscrito fue comprado por Richard Hakluyt, capellán del embajador inglés en Francia. Ya en Inglaterra el códice pasó a otras manos. Samuel Purchas lo adquirió después de 1616 y luego su hijo lo vendió a John Selden, un coleccionista de documentos originarios del Nuevo Mundo. Cinco años después de la muerte de Selden en 1654, Sir Thomas Bodley lo adquirió para la Biblioteca Bodleiana de la Universidad de Oxford. Todavía se conserva allí, con el catálogo de Arch. F. c. 14, Ms. Arch. Seld. A. 1.

En los cuatrocientos años de la vida del *Codex Mendoza* el manuscrito ha llamado la atención de los historiadores, economistas y amantes del arte. A pesar de las pocas ediciones completas, sus pinturas han servido como ilustraciones en innumerables libros y artículos sobre el México antiguo, y sus folios dedicados al tributo son la base de muchos estudios sobre el tema. En el Museo Nacional de Antropología de México, en su Sala Mexica, hay una sección sobre la economía, el comercio, y las “monedas” u objetos de intercambio durante la época prehispánica. Esta sección está presentada con páginas reproducidas de la *Matrícula de Tributos* y con objetos que se ven en la *Matrícula* y el *Mendoza*: hachas de cobre, semillas de cacao y otras cosas que sirvieron de moneda. En la actualidad, en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Instituto Nacional de Antropología e Historia un grupo de antropólogos bajo la dirección de Joaquín Galarza estudia el *Codex Mendoza*, cada investigador dedicado a algún aspecto en particular —la iconografía, la lingüística, la geografía, la manera de crear los códices, entre otros.

La primera lámina del *Mendoza* muestra la fundación de Tenochtitlan en 1325, según los autores del documento. La isla donde se fundó la ciudad está representada aquí de una manera nada

realista pero pictóricamente informativa, como un rectángulo dividido en cuatro partes, los cuatro *calpolli* originales, cada uno formando un triángulo y los cuatro separados por canales. Un marco de agua rodea esta escena. Los dirigentes de cada sección están dibujados con sus glifos de nombre. Según el comentario de Thevet en 1553 (pp. 7-8, vol. IV de la presente edición), los diez hombres representados aquí son los caudillos en el ejército mexica que tenía Tenoch como su capitán y señor. En el centro está el águila, símbolo del dios Huitzilopochtli, encima del nopal y la piedra que fonéticamente dan el nombre de Tenochtitlan: *tell*, “piedra”, *nochtli*, “nopal”, más el sufijo locativo *tlan*, “lugar de”. Este símbolo está arriba del escudo de Tenochtitlan, con sus siete bolas de plumón. En la parte inferior de la página se ve la supuesta conquista de Colhuacan y Tenayuca al principio de la historia oficial mexica. Dos templos que se queman representan la conquista y dos soldados toman enemigos por el pelo, otra señal de la conquista. (Siempre nos ha sugerido este acto de victoria, de ganar al oponente, como el posible origen de la frase popular “tomarle el pelo” a alguien.) Alrededor de toda la primera lámina hay un marco formado por cuadretes azules, cada uno tiene una fecha —el símbolo de un año con el número en puntos— de uno a trece. Hay cuatro treceñas que deben sumar cincuenta y dos, el “siglo” prehispánico, pero por la falta de una fecha, *cetecpatl*, la primera treceña contiene solamente doce. Thevet dice que estas fechas se refieren a los años del reinado de los *tloaque* de Tenochtitlan (p. 8, vol. IV). Los intérpretes contemporáneos del *Mendoza* consideran que la primera fecha en esta primera lámina, *ome calli*, Dos Casa, es la fundación de Tenochtitlan y las siguientes fechas señalan el primer ciclo de tiempo en la ciudad. Hay que ver, sin embargo, que la fecha tradicionalmente aceptada para la fundación de la capital mexica es *ce tecpatl*, Uno Pedernal. Podemos preguntar por qué aquí la fecha es Dos Casa, que en la cronología aceptada ocupa el segundo lugar.

Elizabeth Boone, en (p. 152, vol. I), da varias fechas para la fundación de Tenochtitlan según diversas fuentes. Algunas son: Uno Conejo en el *Códice Xolotl*; Ocho Conejo en los *Anales de Cuauhtitlan*; Cuatro Conejo en la *Tira de Tepechpan* y en la crónica de Veytia; Dos Casa en el *Códice Mexicanus*, en la *Leyenda de los soles*, en las relaciones tercera y séptima de Chimalpahin y en la *Crónica Mexicáyotl*; Dos Pedernal en los códices *Auben* y *Aubin-Goupil*. Nigel Davies, en su libro *The Aztec Empire*, University of Oklahoma Press, 1987, p. 25, señala que *cetecpatl* aparece como la fecha de

fundación de muchas ciudades y como la fecha de eventos fundamentales en la historia y la mitología mexicana. Unos ejemplos son: la fundación de Tula, la caída de Tula, la salida de los mexica de Aztlán, y el nacimiento del dios Huitzilopochtli. Evidentemente es una fecha simbólica, asociada a cualquier evento de importancia, real o inventada.

Esto no resuelve la cuestión de que en el *Mendoza* la fundación de Tenochtitlan —si eso es el significado de la primera fecha en el marco de la primera lámina— es Dos Casa en vez de Uno Pedernal. El hecho es que el códice se hizo en la época poshispánica, probablemente por escribanos de tradición popular, que tenían su propia manera de contar o que seguían un calendario donde el año empezaba con una fecha que no era *ce tecpatl*, como se ha mencionado antes.

El códice está dividido en tres partes. Los primeros diecinueve folios presentan las conquistas de los mexica de Tenochtitlan. En cada folio o página los topónimos de las provincias conquistadas se encuentran en una fila a la izquierda de la página, seguidos por el retrato del *tlatoani* o “rey” de cada sitio, con escenas de los templos quemados, señal de victoria de los mexica y de derrota de los pueblos conquistados. Cada templo en llamas está acompañado por el glifo del lugar (un coyote para Coyoacán, un árbol con dientes para Cuautitlán) y su glosa en español. En la escena con Itzcoatl, el antropónimo del *tlatoani* está atrás de su cabeza y consta de una serpiente de obsidiana (de *itzli*, “obsidiana”, y *coatl*, “serpiente”).

El primer tomo de la presente edición del códice contiene un análisis de su contenido. Ocho especialistas han contribuido con excelentes estudios sobre los siguientes temas:

La historia del manuscrito con sus muchas aventuras está escrita por H.B. Nicholson, antropólogo e historiador bien conocido por sus trabajos sobre el México antiguo, especialmente de los cronistas del siglo XVI y la religión azteca. Nicholson no solamente habla de la historia del *Mendoza* sino que compara el códice con algunos documentos coloniales, por ejemplo con la *Matrícula de Tributos*, el *Lienzo de Tlaxcala*, y con la parte pictórica de la *Historia General* de Antonio de Herrera. Entre los libros europeos que mencionan el *Mendoza* o que publican ilustraciones del códice, se encuentran una edición de Inglaterra de 1625 hecha por Samuel Purchas, otras de Melchisedec Thevenot en París en 1672, y el libro de retratos de hombres ilustres que preparó André Thevet en 1584, donde aparece un retrato de Motecuhzoma II.

Wayne Ruwet de la Universidad de California escribe sobre las características del papel, que es europeo, con el significado de las filigranas o marcas de identificación, y de la encuadernación que es del siglo XVII en el caso del *Mendoza*. En seguida, una historiadora de arte, Kathleen S. Howe, compara el estilo indígena de representar las figuras y los objetos con el estilo europeo del siglo XVI. Elizabeth H. Boone, de Dumbarton Oaks (Washington, D.C.), se ocupa de la cronología de los *tlatoque* de Tenochtitlan al comparar sus conquistas vistas en el *Mendoza* con las fechas dadas para estos eventos en otras obras coloniales. En las diferentes tablas elaboradas por Boone vemos, en una, la fecha *ce acatl* o Uno Caña comparada con las mismas en los calendarios mexica, tezcocano, mixteca, matlatzinca, cuitlahuaca, cohua, de Metztilan y de Cuauhtitlán. También compara el códice *Mendoza* con otros manuscritos pictóricos del altiplano, como el *Mapa de Sigüenza*, el *Códice Azcatitlan*, el *Códice Aubin*, el *Códice Mexicanus*, y la *Tira de la Peregrinación*, esta última también llamada el *Códice Boturini*. Boone opina que la primera parte del códice, donde se ven los *tlatoque* mexica y sus conquistas, pero donde faltan otros datos asociados a sus reinados (información sobre estos “reyes”, las organizaciones social y política, su religión y más), parece ser un alarde de poder militar, una justificación pictórica del dominio del llamado imperio mexica.

Frances F. Berdan, cuyos trabajos sobre la economía del antiguo México son bien conocidos, analiza los tributos cobrados por Tenochtitlan, su procedencia, las cosas tributadas y su significado en la economía mexica. Compara nuestro códice con la *Matrícula de Tributos*, documento parecido al *Mendoza*, pero que se cree que es anterior. Berdan opina, sin embargo, que ambos documentos pueden ser copias de uno más antiguo. La autora incluye mapas de las provincias con su tipo de tributo y explica, con dibujos y texto, la manera de contar las cosas tributadas. Por ejemplo, una pluma significa el número 400, una bandera el 20, un círculo el uno. Berdan, una de las compiladoras, y Patricia Rieff Anawalt, también escribe sobre el sistema glífico utilizado. Explica la escritura prehispánica y señala los diferentes tipos de glifos: calendáricos, numéricos, antropónimos y topónimos, y títulos u otras maneras de identificar a los personajes. Habla de los códices pictóricos, el material de que están hechos (piel de animal o papel amate), la pintura usada y la manera de pintar y discute el oficio del pintor, el *tlacuilo*.

Edward E. Calnek, antropólogo e historiador que se dedica al

estudio de la organización social y urbanización mexicas, estudia una parte importante del código, el contenido etnográfico. Aquí se ve cómo vivía la gente, cómo se educaba la niñez, cómo los hombres ganaban la vida, cómo se ocupaban el tiempo las mujeres, cómo comían, se divertían, se emborrachaban. Están pintados aquí los buenos y los malos ciudadanos. En este ciclo de vida el porvenir de cada persona está indicado por el objeto miniatura que se le entregaba en el acto de nombramiento, cuatro días después de su nacimiento. Para los niños varones, los objetos consistían en implementos asociados con los oficios, tales como pequeñas armas para guerrear, sus objetos relacionados con la agricultura, la pesca, o las artesanías. Las niñas recibían cosas que señalaban el lugar destinado a las mujeres, el hogar, visto en objetos domésticos, miniaturas para la cocina y el tejido. Calnek revisa la educación de los jóvenes como la representa el *Mendoza*, desde la enseñanza familiar que incluye los castigos: el niño que le hacen inhalar el humo de chiles quemados o, en casos extremos, que tiene que dormir afuera en las noches frías. Se ven los jóvenes en la escuela, el *calmécac* para los *pipiltin* o los de cuna noble, y el *telpochcalli* para los *macehualtin* u hombres comunes. En las páginas dedicadas a la vida militar, la manera de subir en la vida está representada desde que un joven entra al ejército como aprendiz, con su simple uniforme de algodón acolchado sin adornos, hasta llegar, peldaño por peldaño, a ser un guerrero distinguido con el derecho de vestir insignia y atavíos espléndidos, y a recibir derechos otorgados por el *tlatoani*. En esta parte etnográfica se pintan no solamente a los mexica en su vida normal y ejemplar, sino también a los vagos, a los jugadores de pelota que por el juego abandonan sus obligaciones, a los adúlteros que aquí se muestran apedreados, a los jóvenes borrachos, y a los ancianos que gozan del pulque, el cual podían tomar todo lo que querían por su edad avanzada. Calnek ve la vida cotidiana aquí como el resultado de una petición de las autoridades españolas de representar estas costumbres, mientras que las dos primeras partes del código —la historia de las conquistas de los mexica y el tributo— probablemente fueron basadas en manuscritos pictóricos prehispánicos. Al identificar el ambiente social de los creadores del *Mendoza*, Calnek concluye que eran personas relacionadas con los artesanos del medio urbano, a diferencia de los informantes de fray Bernardino de Sahagún para su *Historia general de las cosas de la Nueva España*, que eran miembros de familias de origen noble, hombres educados, por lo general, en Tlatelolco. De todos modos esta parte constituye

un modelo para el comportamiento ideal de los mexica y sin duda para eso fue hecha.

En este primer tomo se encuentra un exhaustivo estudio de la indumentaria representada en el *Mendoza*, escrito por la otra coordinadora de la obra, Patricia Rieff Anawalt. Esta especialista en estudios de textiles apunta las normas de la ropa prehispánica, como el uso de la tela suelta, sin mangas, como se nota en el *huipil*. Este sistema recuerda la ropa fluida de los antiguos griegos, hecha con lienzos de tela, drapeados. La vestimenta militar era algo diferente, ya que los uniformes de algodón acolchado se tenían que ajustar al cuerpo para que no penetraran las flechas y dardos. La indumentaria de los soldados fue espléndida. En el código hay representaciones de diferentes trajes que se tributaron a los mexica y que incluyen los de jaguar, que era uno de los rangos militares de más prestigio. Éstos y otros trajes llevan una glosa que dice que fueron hechos de finas plumas. Vale la pena mencionar que, aunque los *macehualtin* pudieron subir en categoría hasta llegar a ser guerreros pardos, los de cuna noble pudieron obtener el grado de guerrero jaguar o guerrero águila, y solamente los nobles tenían derecho de llevar plumas. Los guerreros pardos llevaban trajes pintados o bordados con las insignias que, para los otros, se hicieron de plumas.

Anawalt explica las técnicas de manufactura y de decoración de la ropa, incluyendo el *plangi*, una manera complicada de pintar las telas, el llamado *tie dye*. El diseño que resultaba tenía enorme importancia. Decoraba las mantas de los soberanos y se remontaba a las casas reinantes de los toltecas. De esta manera los mexica utilizaban el diseño y la técnica de *plangi* como un instrumento de legitimación, es decir, para señalar a sus antepasados toltecas distinguidos.

A la rica información proporcionada por los ocho artículos mencionados, se añaden once apéndices, igualmente informativos. Las fechas de la fundación de Tenochtitlan y los reinados de sus soberanos se encuentran en el apéndice A. En el B se encuentra una lista de todas las cosas que se tributaban a Tenochtitlan anual o semianualmente y en el C, datos del tributo que mandaban las provincias sujetas a los mexica. Estos datos se comparan con el total del tributo y luego con los de otras fuentes históricas. Una reconstrucción de las ilustraciones del código, en forma de tira con dibujos, constituye el apéndice D; el siguiente da todos los topónimos en el *Mendoza* con su nombre en náhuatl y una explicación de cada uno. Esto nos recuerda los *Nombres geográficos* de An-

tonio Peñafiel, pero aquí las autoras entran en más detalle y su manera de presentar el material facilita mucho su lectura. Una comparación de la indumentaria militar con representaciones similares en otros documentos, también de la época de los mexica, se encuentra en los apéndices F al H. En los apéndices I y J se presentan los motivos textiles vistos en el códice. Las descripciones de las insignias militares vistas en los *Primeros memoriales* de Sahagún se encuentran en el apéndice K, comparadas con las del *Mendoza*.

La bibliografía y el índice de los cuatro tomos se encuentran en el volumen II, con la descripción de cada folio, mapas que muestran los sitios indicados por los 612 topónimos, y una detallada descripción de la sección etnográfica con referencia a otros documentos análogos.

Un fiel facsímil del original en la Biblioteca Bodleiana en Oxford constituye el volumen III. En el IV está una réplica, pero en blanco y negro. El objeto de este tomo es facilitar la lectura del códice por medio de estos dibujos que están acompañados por una aplicación de cada uno. Los comentarios del siglo XVI se reproducen aquí paleografiados y puestos en letras de imprenta (en el español original, por supuesto) con el fin de proporcionar una lectura más fácil. Hay, también, una traducción al inglés.

Las 836 páginas de esta excelente obra, seguramente la definitiva edición del códice *Mendoza*, contienen un tesoro de información sobre la vida y costumbres de los habitantes de México-Tenochtitlan. Las editoras, que al mismo tiempo son las autoras de muchas de las secciones, han hecho una estupenda labor a través de muchos años de investigación en la Universidad de Oxford, en México y en Estados Unidos. El códice es, también, una obra de arte apreciado en todo el mundo. El Colegio de México ahora cuenta con un ejemplar de esta monumental obra en la Biblioteca Daniel Cosío Villegas.

Doris HEYDEN

Instituto Nacional de Antropología e Historia